

El Canto del Buitre

Héctor Antón

inCUBAdora Ediciones

En mi jardín pastan los anti-héroes de la ideología pura

¿Dónde estarán antiguos jóvenes de la nomenclatura como Felipe Pérez Roque (La Habana, 1965) y Carlos Lage Dávila (La Habana, 1951)? Quizás respiran envueltos en el silencio de viejas palabras de uso; tal vez disfrutan los privilegios de sujetos ordinarios. Ya pueden comprar automóviles, broncearse calmados en la arena de Varadero y hasta escapar a sitios remotos donde serán cada vez más remotos. Ya pueden asistir a un estreno teatral con sus esposas y reírse de la indignidad de hablar por otro. Los dioses rotos de la ficción política cubana conforman un retablo de marionetas sin hilos para sostener el peso de la traición.

Bruno Rodríguez Parrilla (Ciudad de México, 1958) no es el figurante más carismático ni más repulsivo de la *era poscastro*. Su limitado cuello y expresión radiante personifican a un delfín haciendo piruetas en un estanque. Bruno es un robot hecho a imagen y semejanza de su creador, réplica facturada con tecnología de punta destinada a sustituciones orgánicas. “Un cuadro de la Seguridad del Estado y oportunista nato –comenta un chofer jubilado que le manejó cuando dirigía el periódico *Juventud Rebelde*”. Tras su cara de “modelo a seguir”, el Ministro de Relaciones Exteriores de Cuba oculta una máxima ideal para fungir como epitafio político: “Entre la obediencia y el olvido está la eternidad”.

Patricio de la Guardia Font pinta leones que abandonan la manada cuando dejan de ser útiles, para irse a morir lejos y solos. Recrear una leyenda de la selva africana mediante paisajes en lienzo le permite al ex-General de Brigada del Ministerio del Interior de Cuba alimentarse de su historia como una dulce carroña. Colorear el presente en nombre del pasado es el futuro de un “pintor de domingo”. Atrás quedó la defensa del Palacio de la Moneda en Santiago de

Chile junto al inmolado presidente Salvador Allende, los operativos finales contra el multimillonario castrense Anastasio Somoza en Nicaragua y el “caso Ochoa” (1989), coartada fulminante en el trasiego de lealtades y conspiraciones donde su hermano gemelo Tony resultó ejecutado.

Amado Fuentes Quiala (Buenavista, 1961) era un tipo débil en el entorno guaposo imperante en Marianao. Una tarde de matinéailable en el Salón Mambí de Tropicana, *El Toto* del Cerro lo cortó y exilió del ambiente. Cumpliendo el Servicio Militar Obligatorio, fue llamado a pelear en la Guerra de Etiopía y, por supuesto, dio el paso al frente. Amado retornó traumatizado por afrontar el peligro sin convicción. Pronto celebró una fiesta de bienvenida estrenando safari gris, diente de oro y botines de charol. Esa noche conquistó a una relajada madre soltera. Amadito perdió el optimismo y la razón intentando crear una familia decente. Su hijastro le cogió el gusto a subsistir rodeado de machos en la prisión, mientras que la hembra vende su carne negra en los chupis provisionales de la Playa de Marianao. Yiya se cansó de un pobre diablo con dentadura postiza y volvió a la bebida, el cambalache y los hombres.

La vida efímera de ídolos populares que arrastran multitudes les asegura una prolongada existencia (como líderes históricos o jefes simbólicos) a los cabecillas de la esfera gubernamental. El espectro de Alberto Yarini y Ponce de León con su aura de gallo fino ya no recorre las calles de San Isidro, evocando una frase que le atribuyen: “A las mujeres hay que darles no sé qué cosa y preocupación”. Pero su legado marginal se reproduce en proxenetas identificados a la sombra de sus herramientas femeninas. Unas prueban sus dotes de equilibristas encima de tacones ruidosos. Otras se contonean en aceras y portales como si no tuvieran dueño, exhibiendo minifaldas pasadas de moda y tatuajes chorreados en sus partes visibles. Al revertirse la seducción en agresividad, un guiño lujurioso provoca náuseas. Y el “no sé qué cosa...” de la frase yarinesca se aclara: “A las mujeres hay que darles pinga y disgusto”.

Los policías importados de Oriente rastrean a quienes se refugian en el Malecón para ahogar las penas en una nube de alcohol. Los trovadores del pueblo persiguen a los transeúntes para interpretarles canciones de cualquier género a cambio de monedas duras o suaves. Ya no distinguen entre turistas del “más allá” o habitantes del “más acá“. Lo decisivo es matar el hambre en cada parada de rigor. Ellos provienen de todos los rincones del país y se agrupan como una empresa clandestina. Muchos conservan su paranoia defensiva y le confiesan a los desconocidos: “Somos felices aquí“. Los trovadores del Malecón son autodidactas de raíces vernáculas y expertos en triturar melodías del llano y la montaña, la patria y el mundo.

Lázaro Torres Montalvo (alias Farah María) es un travesti sin trapos ni lentejuelas que canta y baila en el Parque Central de Centro Habana o en una plazuela quemada por el sol de la Terminal de Trenes. Esta caricatura de un “cuerpo sin voz” del patio sonoro no es un transformista con magia para entretener a una muchedumbre con los bártulos encima en lista de espera, sino un delirio ambulante que el carro patrullero tolera hasta llevárselo en cuanto se les acaba la paciencia. El *performance* ilustra un mini-cuento inédito en Cuba: “Un hombre sale de su casa, llega al hospital psiquiátrico y próximo a la cerca grita: ¡Sáquenme de aquí!”

Travestirse en Cuba no es un acto ingenuo de excéntricos dementes con taparrabos. Travestirse en medio de la cosa pública es una urgencia para quienes luchan contra los enemigos (reales o imaginarios) que perturban la tranquilidad ciudadana. La contaminación del rostro y la máscara es una epidemia cíclica imposible de controlar por ninguna potencia médica.

Aldo Roberto Rodríguez Baquero (El Aldeano) y Bian Oscar Rodríguez Galá (El B) no soportaron el freno interno ni la expansión internacional. El exilio, la diáspora o cualquier paliativo extra-contextual no es una solución para movidas culturales de resistencia destinadas a pulsar con retóricas de la intransigencia. A pesar de significar una lección para quienes nunca mantuvieron los puños arriba, las rimas contra la ceguera de Los Aldeanos

(iconos de la “nueva escuela” del rap cubano) es comparable a la vergüenza del cazador que renuncia a la selva para colgar el fusil detrás de la puerta. De tanto empuñar el látigo, los mayores de un latifundio terminan fugándose junto a los esclavos cimarrones que ansían el placer de la libertad.

“Andan recogiendo perros y viejos” –dice una trastornada buceando en un latón de basura. Cerca del lugar de búsqueda, el restaurante-*night club* *La Cecilia* anuncia una próxima masacre musical del grupo Los Cuatro. Es difícil pillar a estos tipos a plena luz. Los reguetoneros son búhos de la jungla urbana: aúllan por la madrugada y duermen por el día. En el transcurso de la noche insular, unos rastrean (o trabajan) y otros sobreviven a las pesadillas que no pasan. Los cubanos añoran una invasión de dólares que liquide la miseria autoritaria, pero deben conformarse escuchando en una guagua el himno-profecía de Willy Chirino *Ya viene llegando*.